

Entrevista con
Eduardo Labarca*
autor de *Cáda-ver tuerto*

VÍCTOR RODRÍGUEZ SANDOVAL**

El escritor chileno Eduardo Labarca acaba de regresar a su casa en Viena desde un viaje a Chile, donde permaneció más de un mes para presentar su novela *Cadá-ver tuerto*, que se acaba de publicar en su país.

Como él dice, sonriendo con un dejo de amargura, las cosas han cambiado un poco. Es evidente que, pese a sus múltiples exilios –que reflejan sorprendentemente los cambios políticos de los últimos 40 años– ama entrañablemente a su país y escribe para él. Es comprensible, porque, como su hermano, tuvo que irse sin querer. En el programa de discusión “A Esta Hora se Improvisa”, concitó el odio de la derecha porque no correspondía a la imagen de la izquierda; era rubio, inteligente, culto y le ganaba la discusión a Jaime Guzmán. Tanto lo odiaban que tras el golpe lo buscaron y al no hallarlo secuestraron a su hijo para preguntarle por el paradero de su padre.

La aparición del libro se mezcló con la revelación de la rocambolesca historia del libro apócrifo *Una vida por la legalidad*, aparecido en México en 1976, diario de vida atribuido al general Carlos Prats González, a quien asesinaron en Buenos Aires en 1974. En *Cadá-ver tuerto* Labarca reconoce en clave de ficción haber escrito el libro apócrifo mientras trabajaba en la antigua URSS como periodista del programa *Escucha Chile* –en la novela el programa se llama *Escucha Allá*– de Radio Moscú, ciudad que aparece con el nombre de Acullá.

¿Qué experiencias te dejó este viaje a Chile?

Experiencias intensas, contradictorias, cruzadas.

¿La principal?

Que he estado demasiado tiempo lejos. La nueva generación apenas me conoce. He tenido que presentarme de nuevo: “Yo soy...” Mi problema es que para escribir esta novela superchilena necesitaba la distancia y la paz que tengo en Austria. Una vez publicada, ahora necesito la cercanía. Chile me llama.

¿Quedaste contento?

Contento de la presentación en el Off the record a la que llegaron en multitud muchos amigos antiguos y nuevos, y contento de las palabras de Raúl Zurita que valoró altamente mi libro. Pero el propio Zurita me advirtió que el reconocimiento de la novela sería lento, “pero vendrá”. Así lo espero.

La novela está hecha de fragmentos muy diversos...

Se llaman “visiones” y lo son. Son porciones imaginarias, cuñas formadas por materiales literarios distintos. El tirano preso en un reino lejano y la fábula inicial forman el alambre que amarra y unifica las visiones en un solo haz. Cada una de las visiones nació en la duermevela de mis madrugadas de Viena, cuando la realidad de mi país distante se me presenta filtrada por el tul de los cortinajes, mezclada con los sueños y pesadillas de la noche que toca a su fin. Ésa es mi hora de creación: el resto del día consiste en pulir, corregir. En el conjunto de sucesos de esas visiones, *Lautraro*, el actorcito de barrio, se pasea por el libro representando a personajes múltiples: uno de ellos es el Tirano que nos habla por su voz.

Novela de dictador, novela de tortura, novela de exilio, novela del regreso, novela de animales, novela de la televisión ¿Un caleidoscopio?

Ponle el nombre que quieras. Los materiales son complejos, abigarrados, no me atrevo a definir el conjunto resultante. Ahora prefiero callar, dar la palabra a los lectores, que la crítica me explique mi propio libro.

Pero no te veo muy contento del viaje...

Un poco desconcertado. Lo del diario de Prats esta-

lló y se antepuso a la novela. Yo hubiera preferido separar los dos temas, dejar lo del diario para después. Pero un periodista con buen ojo descubrió la relación y el tema de Prats se vino encima, ya no hubo caso.

¿Era necesario meter lo del diario de Prats en la novela?

Desde hace años estaba pensando en revelarlo, rumiando, pero no podía destapar el asunto en frío. Cuando el general Cheyre reivindicó dramáticamente la figura de Prats me dije “ahora me tiro al agua”. Estaba escribiendo, y la novela me ofreció un medio ideal, un juego de biombos y espejismos. Algo sin precedentes: la ficción revelando un secreto de la historia. Pero las escenas de Cadáver tuerto sobre la génesis del diario apócrifo son ficticias: la reunión en el parque en que a Lautraro le piden que estudie el borrador no existió. La Espiona no existió. El Titanic, el hotel donde Lautraro hace la faena no existió. Ficción pura. En los hechos reales las cosas fueron mucho más pedestres: “Échale una mirada a este borrador y dime qué te parece...”. Así de simple. Así nació el diario apócrifo.

¿Fue difícil admitir ahora en público que tú lo hiciste hace treinta años?

Cuando por primera vez un periodista me lo preguntó ahora en Santiago sentí un vacío en el estómago antes de saltar. “Llegó el momento”, me dije y, como lo tenía decidido, respondí que sí. Fue un alivio. Pero ha resultado complicado. Los encuentros sucesivos con las hijas de Prats –Sofía en Atenas y Angélica y Cecilia en Santiago– han sido momentos tensos, sobre todo al iniciarse cada contacto. Ante ellas emergía de las sombras un fantasma sobre el que tanto habían pensado. Y yo al conocerlas me di cuenta de que el diario apócrifo las había herido profundamente, mucho más de lo que pude imaginar. Eran muchachas cuando asesinaron a su padre y su madre en Buenos Aires, han conocido momentos terribles, sus vidas han sido muy duras. En Moscú yo creía que el diario verdadero se lo habían robado en Buenos Aires los asesinos, ahora sé que fueron ellas quienes lograron sacarlo en condiciones muy difíciles a la espera

de la posibilidad de publicarlo en Chile, lo que sucedió diez años más tarde en 1985. El diario falso se publicó mucho antes y lo recibieron como un golpe bajo. Yo suplanté a su padre asesinado y siento que en el fondo tenían hacia mí un rencor sordo. Enojo y a la vez curiosidad por conocerme, según adivino. Hablamos y terminamos, si no amigos, por lo menos como personas civilizadas capaces de escucharse mutuamente. Yo también estaba interesado en verlas a ellas. La relación es extraña. Ustedes y yo “estamos unidos por un hilo invisible”, escribe Lautraro en la novela dirigiéndose a las hermanas –en la vida real, hijas– del general asesinado. Yo siento que ese hilo misterioso entre las hijas de Prats y yo existe realmente, ha existido desde hace muchos años.

De una vez, dime: ¿Quién te ordenó escribir el diario?

Te contesto de una vez: ¡Nadie!

Entonces ¿por qué lo hiciste?

Bueno, es cierto que a mis manos llegó en Moscú un proyecto digno de un alumno de kindergarden. Me lo dio “alguien”. Quiero ser discreto, no voy a andar señalando



Juan Ramón Lemus

a otros con el dedo, a nadie le doy lecciones morales, no quiero ser ejemplo moral para nadie, no daré nombres, pero todo lo que se ha afirmado, citando incluso dichos míos inexistentes, de que fue el partido comunista, tal o cual dirigente, es inexacto.

Pero había una situación en Chile que para ti lo justificaba supongo.

Por supuesto. En Chile perseguían y torturaban hasta la muerte a nuestros amigos y camaradas. A la distancia nuestra angustia era terrible. Prats había sido una víctima más de los mismos criminales. Como creíamos que los que le pusieron la bomba se habían robado las memorias que estaba escribiendo, mi sentimiento fue de reivindicación. Salvar la figura de Prats, reivindicar a Prats. Sentí que era un acto de justicia y francamente traté de interpretar y respetar su pensamiento de militar que, impotente, ve derrumbarse el sistema republicano. Agarré el borrador y lo escribí todo de nuevo. No hice hablar a Prats como comunista o partidario de la UP, simplemente como militar, milico puro, a pesar de que yo no era experto ni mucho menos, pues ni siquiera hice el servicio militar. De mi parte fue un acto absolutamente voluntario y por eso asumo la responsabilidad al 200 por ciento. ¡Yo y nadie más! Me han preguntado por los derechos de autor. No tengo idea de si los hubo, y yo por supuesto no cobré un kópec –estábamos en Rusia– porque desde luego no me pagaron. Yo sólo tengo que ver con la redacción y en un diario he leído que desde Moscú a México el original lo llevó Marco Colodro, que entonces trabajaba en la editorial Fondo de Cultura Económica que lo publicó. Me inspiré y eso no se consigue con una orden, nunca he escrito por encargo. Aunque trabajaba a toda carrera por las noches, alcancé tal inspiración que logré crear un Prats real, de carne y hueso, angustiado por el destino terrible de Chile. Le metí el gol de media cancha hasta a la propia CIA: el embajador norteamericano Nathaniel Davis cita el diario apócrifo como verdadero veinte veces en su libro sobre el gobierno de Allende. Nueve años más tarde las hijas explicaron que era falso en el prólogo de las

memorias auténticas, pero éstas se publicaron sólo en Chile y en un tiempo en que nuestro país había perdido actualidad en el mundo.

¿Qué dicen ellas? ¿Te han pedido algo?

Tienen la preocupación de que el diario falso sigue siendo citado en muchos lugares, porque está en las bibliotecas de los cinco continentes. Me han pedido que ayude a aclarar el error. Y heme aquí dando entrevistas y con una picota tratando de destruir lo que yo mismo construí. Pero el diario falso es difícil de matar, el fantasma del general Prats al que yo le puse carne se niega a morir. Tan es así que me dan ganas de publicar el diario falso con mi nombre para que se acabe el mito.

La entrevista de Eduardo Labarca con el comandante en jefe del ejército resulta sorprendente. ¿Los tiempos han cambiado?

Por supuesto que han cambiado, entre otras cosas con la normalización realizada por el general Cheyre de la relación del Ejército con la persona de Prats como antiguo comandante en jefe. Todo el mundo sabe de dónde vino la orden de asesinarlo y por eso el gesto de Cheyre tiene mucho valor. Yo quise explicarle personalmente que Una vida por la legalidad es un libro apócrifo y que lo escribí yo.

¿De qué hablaron?

De eso, del asunto del diario de Prats, del tiempo y el contexto en que fue escrito, de la época actual. Fue una conversación respetuosa, recíprocamente provechosa, creo.

¿Hablaron de Pinochet?

No se le mencionó.

¿Y tú qué piensas de Pinochet, del de antes y el de hoy?

Uy... Me dan ganas de contestarte con mi novela, allí aparece un Tirano que, si quieres, puede ser Pinochet u otro de su calaña. Por ahí Lautraro dice si mal no recuerdo que “en la lotería de los tiranos no nos tocó el más brillante, pero sí el más cruel y solapado, uno empeñado en borrar a bombazos o con veneno de la faz de la tierra a quienes pudieran hacerle sombra...” He citado de memoria. Pienso en los asesinatos o muertes del propio Prats,

del general Bonilla, de José Tohá, Orlando Letelier, del ex presidente Eduardo Frei Montalva, el intento contra Bernardo Leighton y los atentados frustrados contra Volodia Teitelboim, Carlos Altamirano y otros. Decididamente Pinochet resultó no solo cruel sino ser un hombre acomplejado que mandaba a matar a sus adversarios más inteligentes que él. Y en materia económica, no sólo se echó dinero al bolsillo, sino que a la hora de lavar la plata mal habida demostró ser un aficionado de tercera categoría. Ni siquiera supo esconder el botín.

Al final la caída de Pinochet no se diferencia de la de todos los tiranos.

Hoy Pinochet se me figura un despojo que se va disolviendo en los restos de su propio caldo y que al final se irá por el desagüe. Desaforado o no, parece un muñeco adobado con cortisona. Humanamente ha resultado un ser pequeño que trata de pasar piola y descargar su responsabilidad en sus subordinados. No tendrá ni un rincón en la historia. Eso el Tirano de Cadáver tuerto parece adivinarlo mientras se va convirtiendo en un ser extraviado, un fantasma que no escucha ni ve, que existe en una especie de vacío ambulante.

Ya que estamos en Cadáver tuerto y sus referencias al Tirano y a los tiempos de dictadura, me parece que en la novela vuelves a priorizar el tema político, como en los años 60 y 70, cuando escribías reportajes y ensayos. Abandonas el camino novelístico de tu libro Butamalón.

No me parece. Cadáver tuerto no es un libro de política: es novela novela, y además bastante fantástica. Transcurre en tiempos de catástrofe humana y social, es cierto, y no puede eludir la avalancha de los hechos en que los personajes se ven envueltos, el remolino de un golpe militar y lo que viene después. Pero aunque hay un escenario muy político no es un libro de política, sino ficción, novela, con personajes, pasiones, situaciones inesperadas, del mismo modo que una novela que transcurre durante un terremoto no es un libro de sismología, ni Titanic, una película de náutica.

Los personajes son sombríos, tortuosos y cometen actos inconfesables. ¿Has querido hacer de Lautraro un antihéroe chileno?

No me propuse conscientemente crear héroes ni anti-héroes. Es cierto que Lautraro no tienen nada que ver con Pavel Korchaguin, el héroe de Así se templó el acero, la novela de Ostrovski que leíamos en la juventud comunista. Los personajes fueron surgiendo, viviendo y metiéndose en líos a medida que yo iba escribiendo. No hubo un plan ni perfiles predeterminados.

Las mujeres no salen favorecidas en la novela. Incluso se dice que “todas las mujeres son brujas” y que “todas las mujeres son putas”. Eleuterio, el otro yo de Lautraro, es trígamo y hay una fiesta en que Ana, la Gringa y Mariela lo atienden en conjunto como geishas. En el libro pareciera flotar una dosis de misoginia.

¿Tú crees? Ojo, que las frases que citas salen de la boca de personajes bien determinados, bastante machistas. Creo que la primera la dice el Fata y la segunda el Mayor, aunque no personalmente, sino por boca de Eleuterio, el prisionero que presenta un sketch ante sus torturadores. Y la fiesta que mencionas no es real, es una volada imaginaria de Eleuterio mientras está tirado en el suelo en el Infierno, el centro de torturas. ¿Qué hombre no ha soñado con tres mujeres? Te reconozco que ni los hombres ni las mujeres de la novela son personajes “modélicos”, para usar una expresión muy chilena. Son humanos.

La más “modélica” parece ser Mariela, pero es la que traiciona.

La palabra “traición” no aparece en la novela, es demasiado fácil. Para mí el torturado que se convierte en torturador, como hubo varios casos en Chile, es un personaje terrible, misterioso, horrendamente humano, “la víctima absoluta” como le dice Eleuterio a Mariela. El torturador se destruye a sí mismo y algunos terminan arrojándose por un balcón. Son personajes infernales, literariamente apasionantes.

¿Por qué dices en la novela que “el tirano somos todos”? No parece que a la mayoría de las personas, de cualquier país, les guste vivir bajo una dictadura. ¿Quieres decir que los pueblos tienen los gobiernos que merecen?

Esa frase la pronuncia Lautraro después de decirle a Torcuato que el Tirano salió de las entrañas del país, que no cayó del planeta Marte, que es un hombre “como usted y como yo”. El debate surge entre los personajes del libro, yo como autor no me pronuncio. Lejos de mí la intención de interpretar lo que quieren los pueblos. Soy un simple novelista... Aunque estoy de acuerdo con Lautraro: los tiranos no caen del planeta Marte.

¿Consideras Cadáver tuerto una catarsis, tu catarsis? La parte final que transcurre en un estudio de televisión ¿es el símbolo de un reencuentro de los chilenos?

Me resisto a usar palabras rimbombantes como “catarsis” o “símbolo”. Esa parte de la novela es como es y que cada cual la entienda a su manera. Quizás escribir esta novela me haya servido a mí para “echar afuera los humores nocivos”, como decían nuestros bisabuelos, dar salida a las imágenes oscuras o luminosas que me



Felipe Posadas

acosan de madrugada y que son la esencia de este libro y de todo lo que escribo en la actualidad. ¿Catarsis? A lo mejor. Reconozco que el final es un gran desmadre, la parte del libro que escribí con más placer. Allí dejé las negruras atrás y me reí solo un poco.

Como persona y como escritor, ¿cuál es tu relación con Chile? ¿Quieres volver?

Es una relación curiosa, ni yo mismo la entiendo del todo. Vivo aquí en Viena y escribo novelas chilenas. A lo mejor si me voy a vivir a Chile termino escribiendo el libro vienes que me ronda hace rato. Aquí en Viena tengo ataduras familiares, personales y laborales, pues nunca he conseguido vivir de la literatura, y por ahora voy y vengo. Me compré una casita en Las Cruces y en el futuro es posible que me pase parte del año allá, porque Chile me hace falta cada día más.

¿Cuál o cuáles son tus próximos proyectos literarios? Como siempre relativos a Chile, supongo...

Por ahora tengo que trabajar un tiempo como traductor y luego me gustaría tomarme unos meses sabáticos para pensar, leer y apoyar la difusión de Cadáver tuerto que comenzará en Europa la próxima semana en que se presentará en el Instituto Cervantes de Viena. La presentación la hará un profesor singular, Enrique Rodríguez-Moura, académico español de la Universidad austriaca de Innsbruck, que en realidad nació en Chile durante el gobierno de la UP, hijo de refugiados brasileños que tuvieron que volver a arrancar. Para más adelante tengo proyectos para tres libros, todos ellos empezados y todos chilenos. Pero voy a cumplir 67 y no sé hasta cuándo me alcanzará la cuerda. ■

* Eduardo Labarca (Santiago de Chile, 1938) es autor de Una vida por la legalidad (diario apócrifo publicado en México por el Fondo de Cultura Económica, 1976) Memorias del general Carlos Prats (libro auténtico, editorial Pehuén, Santiago, 1985) El turco Abdala y otras historias (tres novelas cortas, Santiago de Chile, 1988) Acullá (novela, Santiago, 1990) Butamalón (novela, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1994; Editorial Universitaria/Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile, 1997) y la reciente novela Cadáver tuerto (editorial Catalonia, Santiago, 2005)

**Victor Rodríguez Sandoval (1949/Chile) es periodista y traductor. Fungió como crítico de jazz para los periódicos chilenos El Mercurio y La Época. Actualmente trabaja como traductor de la ONU en Viena, y es colaborador del diario chileno La Nación.